



Universidad Austral de Chile

Conocimiento y Naturaleza

Vicente Undurraga

**No hay tiempo
para todo**

Leer, escribir y recordar

Colección Biblioteca Luis Oyarzún

Ediciones  UACH

Esta primera edición en Chile en 500 ejemplares de

NO HAY TIEMPO PARA TODO

Leer, escribir y recordar

de Vicente Undurraga

se terminó de imprimir en junio de 2026
en los talleres de empresas Jordan

 (56-2) 2478 5100

www.jordan.cl

Alberto Pepper 1792, Renca, Santiago de Chile
para Ediciones Universidad Austral de Chile

 (56-63) 244 4338

www.edicionesuach.cl

Valdivia, Chile

Dirección editorial

Yanko González Cangas

Cuidado de la edición

César Altermatt Venegas

Diseño y maquetación

Silvia Valdés Fuentes

Todos los derechos reservados.

Se autoriza su reproducción parcial para fines periodísticos
debiendo mencionarse la fuente editorial.

© Universidad Austral de Chile, 2026

© Vicente Undurraga, 2026

ISBN: 978-956-390-305-8

801.95 - Crítica de la literatura

DS - Literatura: historia y crítica

a la Manuela, la Jose y el Antonio

CONTENIDO

I. DECIR Y MALDECIR

Por ser	15
Respuestas	29
Tener diablo	33
En la dirección opuesta	39
Escolios	45
Afinamiento mayor de los nervios	49

II. LEER

¿Cómo se sale de esto?	57
Agachar la cabeza	63
Sí ficción	67
Leyenda leyendo	71
Oído absoluto para el futuro	75
No hay tiempo para todo	79
Para no llegar siempre tan solos	83

III. ESCRIBIR

Ruidos. Voces. Rumores	95
Vida de un hombre	105
Conversar a solas	111
Una ventolera que no se deja escribir	117
En último trámite	123
Albricia brava	129

Estudiante permanente	135
Tratado de la aceptación	141
Radicales novelas de poetas	145
Otro mundo	153

IV. RECORDAR

La poesía entre los vivos y los muertos	161
El canto alegre de un goliardo	165
Prietas	171
Gatopardo en Algarrobo	175
Los jemerecitos rojos	179
La casa siempre llena. Elegía a Ana González	187
La vida como huida	195
Nadie soporta la vida solo	205

Nota del autor	209
-----------------------	------------

*No son formas, sino formaciones —rastros
temporariamente fijos de un fluir incesante, ¿no?,
aglomeración sensible.*

Juan José Saer

I. DECIR Y MALDECIR

POR SER

1

Encontré el informe anual de Castellano de tercero medio donde se me dice: «Puede mejorar si se propone tomar conciencia de su frecuencia en los garabatos». Qué sería ya no de mí sino de un país entero, me pregunto a décadas de esa anotación, de su gente y su poesía, su canto y su sobrevivencia cotidiana sin su liberadora frecuencia en el garabato.

El 2008 entrevisté al filósofo Humberto Giannini y, comentando su ensayo «El lenguaje de la ira», dijo: «Creo que un pueblo se expresa esencialmente en la maldición. Viví en Italia y me preciaba de hablar más o menos bien italiano hasta que un día me pisaron un pie en la micro y se me salió un garabato mayúsculo: no pude dejar de ser absolutamente chileno en mi primera reacción, la del alma. Sacar la madre es una maldición como pocas en el mundo». No olvido los términos con que, siguiendo la conversación, señaló Giannini la potencia del concepto *huevón*: «Está en todos los idiomas el garabato que alude a los pobres testículos que cargan el peso del trabajo pero quedan fuera del negocio: esos son los huevones». Y un alcance más, también crucial: «Cuando los obreros dicen *culeado* la palabra es muy fuerte porque significa *sometido al patrón*».

La maledicencia, las púas, asperezas y bravuras de la lengua no hay por qué taparlas, mejor darles justo cauce:

están ahí, hacen lo suyo y, por otra parte, todo es tan relativo. Hay que cuidar las formas, alegará alguien, pero qué formas, primero, sin contar con que las formas, luego, varían y se cuidan y descuidan a sí mismas: como las cosas, o con las cosas, van y vienen, nada se queda totalmente, ni se va, y las palabras se juegan ahí para quitarnos penumbra, para decir y hacer entre ellas lo que puedan. Cuesta tanto decir y desdecir que no tiene sentido (ni eficacia) enrejar el castellano. Mejor entrarle a como dé lugar, con las palabras que mejor asistan eso que Blanca Varela llamó «la oscura charca abierta por la luz».

En una entrevista Raúl Ruiz dejaba caer la idea de que Chile antepone la retórica a la realidad: «Es un país que relativamente no tiene idioma, pero fabrica una forma muy curiosa de lenguajes artificiales en que la forma y la entonación tienen casi tanta importancia como las palabras». Dado ese no-idioma, el vacío se rellena como sea, con lo que venga. Ahí están en sus películas y en las calles esas conversaciones donde no se dice nada del todo, pero entre interjecciones, resoplidos y frases cortadas se construyen sentidos, intercambios, acometidas y seducciones. Por ejemplo, «ssshhhh», dice Ruiz, es la expresión de escepticismo más sintética que conoce. Cuando alguien llega tarde a la oficina o alardea por cierto logro o adquisición, el resto dice «ssshhhh» y siembra la duda, pone distancia, saña y cizaña.

En cualquier caso, la agresividad no es consustancial a los garabatos; de hecho puede ir, y con mayor carga leve, entre palabras correctas y bien portadas. Nada peor que un agresor que ostenta formas corteses. Y si muchas veces las modulaciones garabateras crisan lo dicho o achatan la lengua, generando cierta pueril escandalaria,

las sonoras importaciones de algunas palabras del inglés han impunemente amermelado el castellano hasta hostigar. Ni nos dimos cuenta y caímos de la tenida al *dress code* y al *outfit*. Un abismo se abría. Al *workshop*, al *brainstorming*, al *scrolling* y al *approach*... Ni qué decir del oscuro tránsito sociolingüístico que reemplazó a jefes por Chief Executive Officer, negocios familiares por family office y asambleas vecinales por workshops corporativos. Por cierto el inglés en el mundo contemporáneo es la lengua franca y su omnipresencia redundante en que se mezcle en las otras como la paja en el trigo. Se infiltra a través de canciones, series, memes, pornografía, viajes. Descontada la propia, es la lengua que todos, la manejemos o no, oímos más a menudo. Transversalmente se oyen expresiones gringas como *chat*, *selfie*, *gay* o *heavy*. Pero esas no tienen traducciones adecuadas o ágiles y terminan adhiriéndose al habla, pegan bien, vivazmente apropiadas o derechamente castellanizadas, de *leader* a líder, del *wipe* al guaipe. Pero de un tiempo a esta parte es una jerga perfectamente prescindible y agresivamente ñoña la que se impone.

Los jemereros rojos prohibían palabras en Camboya y a esos mejor no imitarlos en nada. Pero tampoco nos deja bien parados, *verbalmente hablando*, aceptar todo sin chistar ni hacer chistes. De alguna manera, si no se toma cierta distancia o conciencia al menos de la frecuencia en los anglicismos, se estará obedeciendo a la más dura mirada economicista. Y la ingeniería comercial no puede imponer sus chulos términos como si nada.

En un poema tardío, Nicanor Parra pone en escena la conversación entre dos hombres, uno que cree con arrobamamiento en los libros, esto es, en la Cultura, y otro que se guarece y distiende en la Naturaleza, representando una

oposición tan ociosa como tenaz. «Qué bolina de libros / A mí me basta & me sobra / Con el Libro de la naturaleza: / Libro + contundente / Que el libro de la Naturaleza no hay», dice uno, a lo que el otro contesta en términos interrogativos que más bien podrían ser considerados categóricos: «Te tragaste un filósofo maricón reculiao?». Y tras acusarlo de haberse vuelto inconvertible, ofrece leerle un poema, ocasión que el último hombre aprovecha para contraatacar con el filo de un coloquial desdén: «Pero rápido porque estoy que me meo».

Tuve un día la posibilidad de preguntarle al antipoeta de dónde había sacado ese verso, y tras reparar en que era casi un alejandrino perfecto, contó que lo había oído en el puerto de San Antonio. A media mañana, sentado cerca de unos pescadores, de repente escuchó eso a sus espaldas, literal, ¿te tragaste un filósofo maricón reculiao?, y al darse vuelta para asistir a lo que supuso sería el comienzo de una riña, se encontró con dos hombres acomodando las cuerdas alrededor de un bote. La frase no había sido sino una ironía cotidiana y, al cabo, cariñosa entre dos amigos que siguieron la jornada entre risas que aligeran el peso del quehacer.

2

La metáfora y el sentido figurado son maneras de decir una cosa a través de otra que la clarifica, pero nunca faltan «esfuerzos de incomprensión» (diría Borges). «Negar la sal y el agua» significa que alguien priva a otro de lo básico, no que le mezquina específicamente el aliño y el refresco. «Contigo pan y cebolla» refiere una entrega amorosa comprometida hasta en la mayor precariedad, no una gestión de menú invariable.

Si la expresión «literal» ha cundido para referir que las cosas son tal como suenan, como se las dice, es porque se impone una fuerte conciencia de que lo que se dice nunca es literal; por lo tanto, si lo es, toca señalarlo. Eso está en la conciencia lingüística hace mucho. Nadie debiera desconcertarse ante el verso de César Vallejo que dice «Hoy me he sentado a caminar». Ni alarmarse cuando alguien dice estar muriéndose de calor, ni pensar un millar humano cuando alguien cuenta que no compró pan porque había mil personas en la fila.

O como mil: no dirá había mil personas, dirá: había *como* mil personas en la cola. Como mil. Anteponer a lo dicho un «como» o un «como que» es una forma de hablar que ha cobrado también una fuerza nuclear. La frase, la estructura básica «como» o «como que», antepuesta a toda afirmación, tiene un efecto similar al de las comillas, pero llevado a sus últimas consecuencias: relativizar de entrada, y más bien a ciegas, lo dicho. Antepuesto un «como que» a lo que se expresa, supone que la realidad es una mera réplica de algo, quizás de un Reino o de un abismo, vaya uno a saber, pero en todo caso un original del cual vivimos la repetición, como la imagen que una cámara oscura ofrece de la ciudad real de allá afuera, o la sombra platónica.

Y todo se va proyectando y asimilando, en boca y oído, a la manera de un simulacro o duplicado de lo real. Vapor de mundo. Este uso se enlaza con otro, ya más fascinante, que también asume la realidad como un esencial espejeo o espejismo; uno que en el devenir de los verbos, en su coloquial pronunciación, se deja ver bajo el patrocinio del infinitivo Ser:

Es la expresión «por ser».

De esa rama o familia provienen, por ser, Todo lo que es, Vendría siendo, No deja de ser, No estoy ni ahí y el novedoso Ya era.

«Ya era» alude no tanto a algo que *dejó de ser*, más o menos naturalmente, cuanto a algo que se trunca en el acto, un fallido presente haciéndose pasado *in situ*, algo que no logró tomar forma, un negocio o delito frustrado, un beso esquivado. En ese sentido es muy distinto «ya era» de «ya no es», justamente porque el «ya no es» alude a una existencia que dejó de ser sin que ello represente más que una constatación, mientras el «ya era» (o a veces «ya fue») señala una violencia en el haber dejado de ser o en el no haberse llegado a constituir —o en la percepción de tal cuestión, en su enunciada negación. Aplicado a seres humanos, toma la forma de una agresión en segunda persona: «ya eras» o, coloquialmente, «ya érai». Refiriéndose a una vertiente de agua secada en el valle central de Chile, un campesino que conoce las napas de su zona dijo que ahí, en ese campo donde hoy los almendros crujen bajo las pisadas de reses raquílicas, ahí el agua *ya era*.

Ser y Estar, esos siameses separados por el castellano al nacer, duplican prodigiosamente en sus usos coloquiales la realidad al referirla.

«Por ser» quizás sea la forma más potente de este desquicio por cuanto, en apenas dos palabras, en tan solo seis letras, siembra sobre lo que es, la duda de su propio ser. No le reconoce, pero le *supone* a lo dicho un ser y al suponerlo, queda entredicho el Ser primigenio. Algo así. Hace ya muchos años le pregunté sobre esto al filósofo Pablo Oyarzún: «En nuestros intercambios coloquiales, en los idiomas de la calle y las esquinas, a fuerza de ser

malhablados, de pronto destella una joyita, muy fugazmente, y, si no se pierde al instante, quizá hasta llega a convertirse en un lugar común en que nos reconocemos. Dime si no habrá sido glorioso (y desconcertante) para un heideggeriano escuchar ese “no estoy ni ahí”. O ese “por ser”, que tácitamente confiesa que todo lo que tenemos o vemos o sabemos, lo tenemos, lo vemos y lo sabemos en copia, en sucedáneo».

Es decir,
como que lo tenemos,
como que lo vemos,
como que lo sabemos.

Y como que así no se puede. Tal vez por eso se oyen también con frecuencia repeticiones que en este contexto no son tal cosa, sino una afirmación primaria, una resistencia. No un pleonasma ni una redundancia sino un principio, propiamente un balbuceo. Es la repetición de un concepto para afirmar que se alude a él sin matices ni simulacros ni pantallas. Una refrendación en el acto. «Café-café» confirma que lo que se pide o se da es café en grano y no sucedáneos. Lo mismo, completo-completo se dice en las fuentes de soda para precisar si el completo se lo quiere completo o sin algún ingrediente, que haría de él un incompleto. Los mapuche nombran dos veces ciertas cosas para indicar abundancia, una forma de ser claros en señalar lo señalado: Llay Llay, Cau Cau, mari mari.

3

«Por un mundo en el que nadie haga comillas con las manos en el aire», clama Jovana Skármeta en su perfil

de redes sociales. En verdad abunda la gente que al conversar levanta las manos estirando los dedos índice y medio de cada una hasta dibujar un efímero doble signo de la paz para de inmediato doblar sobre sí mismos los cuatro dedos alzados y volverlos a estirar, repitiendo la operación una o dos veces. Ese gesto implica poner en cuestión, relativizar, sembrar la suspicacia sobre lo que se está diciendo.

¿Por qué tanta compulsión, al escribir y de un tiempo a esta parte también al hablar, de marcar esas distancias con lo que se dice?

Enseña Wikipedia, ese Diderot electrónico, que las comillas «son signos tipográficos utilizados para marcar niveles distintos en una oración». Sin ir más lejos, acabo de usarlas para citar a la enciclopedia popular. Pero los niveles que las comillas señalan en el habla y la escritura chilenas tienen que ver ya no con las citas sino con un uso irónico o enfático o timorato de las palabras.

Irónico, como cuando alguien dice: Qué «lindo» tu chaleco o «súper simpático» tu amigo, queriendo indicar la pesadez del aludido, la fealdad de la prenda.

Enfático, como cuando Giannini tituló su principal obra filosófica con unas comillas que son de detención, que recalcan: *La «reflexión» cotidiana*. Ahí hacen reparar en el sentido de la palabra re-flexión, que el autor entiende como una «vuelta a»: un retornar meditativo sobre los propios pasos. Sin esas comillas, se leería que el libro simplemente alude a los pensamientos u ocurrencias diarias.

Hay, como se ve, casos y «casos», pero es el uso timorato el que fastidia. La frecuentación de la táctica discursiva del entrecomillado lleva a pensar en una actitud

de distancia pusilánime con la que quien habla deslinda responsabilidades sobre lo dicho. Cuesta tanto afirmar, en la tiranía de las preguntas. Con comillas, nadie se hace totalmente cargo de lo que está diciendo. O bien lo dice transparentando inconscientemente sus vacilaciones internas. Es ilustrativo un tuit que publicó en 2013 el entonces senador de derecha Iván Moreira:

—En momentos políticos ingratos, mi regalo de Navidad al Pdte. Piñera mi “Lealtad” y de millones de chilenos agradecidos q defenderemos su obra.

(Sic)

¿Por qué entrecomilló «lealtad»? ¿Mero descuido? Difícil creerlo pues incluso en medio de su endemoniada sintaxis se dio maña para abreviar y dejar pegadas palabras de modo de no sobrepasar los ciento cuarenta caracteres que permite la red social. O sea que hubo un par de segundos en los que pensó en esas comillas. Las deseó, las puso, ahí están: «Lealtad». Genera más dudas que la «huelga de hambre» que «hizo» el propio senador cuando tomaron «preso» al ex «presidente» Pinochet.

A veces, en el habla, las comillas no se señalan con los dedos sino con un leve pero indesmentible cambio de tono. Hace poco un político dijo en la radio:

—Nuestro candidato quiere privilegiar los acuerdos.

No dijo acuerdos sino «acuerdos», sin margen de dudas. La Unidad Popular, ya que estamos, no se andaba con medias tintas, hablaba sin comillas. Allende no entrecomillaba. Tenía un relato, como se dice hoy. Y los relatos se diluyen con las comillas. O con los militares, claro. No es baladí el asunto. Varios medios de comunicación relativizaban la veracidad de los detenidos desaparecidos poniéndolos entre comillas, negándoles doblemente

la existencia: desechada por el Estado su aparición, la prensa rastrera les negaba también la desaparición. En esa línea, el ex agente de la Dirección Nacional de Inteligencia Cristián Labbé publicó un libro titulado *Crónica de la «dictadura»*.

Hay, y es principal, un uso del entrecomillar que es simplemente erróneo, o gratuito, y da risa o conmueve. Se ve en carteles a lo largo del territorio nacional, y seguro del continente entero:

Por favor recoger la «caca» de su mascota.

Restorán «Cuchara Come».

Baño «exclusivo» para clientes.

Se vende «tierra de hojas».

